Además, fué autora de varios dramas y comedias que no han sido representadas y de muchas obras en prosa, novelas, relaciones, viajes y artículos de crítica y de modas. Fuera de las *Infancias célebres* y otras pocas obras, las de madama Colet carecen de sentido moral, y sus ideas un tanto libres son impropias de una mujer que se respeta. La novela más conocida que publicó y la que causó en París, hacia 1858, grande escándalo fué una intitulada simplemente *Él*, en la cual procuraba desacreditarse sin objeto para fingir aventuras que no fueron ciertas. Esta novela, publicada después de una de Jorge Sand llamada *Ella y Él*, — en la cual pintaba con negros colores á Alfredo de Musset, — y otra del hermano del poeta, Pablo de Musset, llamada *Él y Ella* — en la que procuraba desacreditar á Jorge Sand, — hicieron mucha impresión, porque el escándalo de las anteriores se aumentaba con la de madama Colet.

Todo esto prueba que no basta el talento, el ingenio y las buenas intenciones para ser mujer ejemplar y que al contrario suelen estas prendas conducir á las mujeres á su perdición si no se fundan en la virtud y en la verdadera religión.

Considérase como á la literata más importante de la actualidad en Francia á la señora Julia Lambert, viuda dos veces, siendo su segundo marido un hombre político francés, Edmundo Adam. Escritora de talento y originalidad, ha tratado con lucidez cuestiones de economía política, historia y literatura; es editora de la renombrada *Revista Nueva* de París. Su salón es el punto de reunión de los republicanos moderados, en cuyo partido ejerce grande influencia.

V

Tipos muy diferentes de las anteriores son por cierto las que mencionaremos ahora :

Aunque de origen suizo, Valeria B., condesa de Gasparín se cuenta entre las escritoras francesas. No hay en la literatura estilo más original que el suyo : distínguese por sus ideas tiernamente religiosas, la elevación de su pensamiento y la profunda melancolía que reina en todas sus producciones. Su ardiente amor á todo lo que sufre la hace constituírse en intérprete de la naturaleza entera, desde la herida mariposa y el ave maltratada, hasta el niño abandonado y la mujer infeliz : su voz sabe repetir con doloroso acento el grito y el lamento del que llora y padece.

Pero si la condesa de Gasparín tiene muchos admiradores, la popularidad de madama Craven (Paulina de la Ferronays) supera á la de todas las literatas francesas en Hispano-América. Esta dama, que pertenecía á la alta aristocracia francesa, hija, hermana, parienta de gentes virtuosísimas, hizo su reputación con un libro — *La Relación de una hermana* — en el cual supo pintar con tan bellos y mágicos colores los encantos de la virtud y de la belleza moral de la verdadera santidad, que la obra fué acogida con inmenso entusiasmo en todos los países del mundo y traducida inmediatamente á varias lenguas. Después publicó otras muchas preciosas novelas, á cual más moral é interesante, llenas todas ellas de movimiento dramático y hondas intenciones morales y re-

ligiosas. La señora CRAVEN es autora también de varias biografías y libros piadosos. Á pesar de que no empezó á escribir para el público sino después de haber cumplido 42 años, conservó hasta su muerte (1891) la plenitud de sus facultades mentales.

Nos alargaremos en la siguiente noticia. por ser la protagonista tan digna de ser presentada á la juventud como un ejemplo encantador.

EUGENIA DE GUERIN aparece en la historia de la literatura como satélite de un sol que duró muy poco. Eugenia es la tierna y melancólica luna que sólo tiene la luz reflejada de su hermano, Mauricio de Guerin, uno de aquellos literatos que dejaron de existir con los primeros albores de su fama, á los veintinueve años de edad.

Perteneciente á una familia de noble nacimiento pero de pocos caudales, Eugenia se crió y vivió siempre en el campo y allí mismo murió. ¡Pero qué campo! en la hermosa provincia de Provenza, en la patria de los trovadores y los caballeros andantes de la edad media, cuna de la poesía y de las instituciones que han producido en la literatura tantas bellas obras y acciones caballerescas.

La existencia de nuestra heroína, tranquila y sin ningún acontecimiento notable, no ofrece por cierto pábulo al novelista ni al escritor de costumbres, pero sí nos dará asunto para pintar lo que puede ser la vida de una mujer virtuosa, que supo, en medio de la monotonía de una existencia enteramente casera, encontrar en sí misma y en el estudio de su propio corazón interés suficiente para no fastidiarse jamás. Su DIARIO es una fuente de puras y dulces emociones, y podría en todo tiempo demostrar que una mujer

puede encontrar siempre provecho, utilidad é instrucción en todas las situaciones de la vida, y que si quiere evitar el fastidiarse bastará elevar su corazón á Dios, y cumplir con sus deberes sin quejarse. Así como no hay existencia humana que no tenga en su fondo oculta espina, así también no hay estado en el mundo, por triste y miserable que parezca, que no sea susceptible de dar algún contento al alma que ama á Dios, fuente única de consuelo y tranquilidad.

Para Eugenia la vida era un destierro, pero se consolaba y aun gozaba en cumplir con sus deberes alegremente y amar con abnegación á todos los miembros de su familia, para quienes era el ángel tutelar.

Habiendo perdido á su madre á la edad de 13 años, y siendo la primogénita, resolvió desde aquel tiempo dedicar su vida á consolar á su padre y servir de madre á sus hermanos. Era Mauricio el menor, contaba entonces seis años de edad. Para Mauricio ella fué una madre así como la hermana de su alma, su protectora, su consejera y su amiga más íntima. Como el niño fuese muy afectuoso y apegado á la familia, Eugenia para consolarle, durante su ausencia en los colegios y universidades en donde se educaba, inventó llevar un diario en que escribía todas las noches cuanto se le ocurría, y en el cual refería no solamente los escasos acontecimientos de que era teatro el lugar de su nacimiento, sino que allí apuntaba sus más íntimos pensamientos y contaba cuanto hacía y leía. Después lo mandaba á su hermano. Aquello en realidad se puede llamar el *Diario de una alma*, y con razón su publicación (hecha des-

pués de la muerte de ambos hermanos) produjo en Francia entre las personas pensadoras una verdadera sensación.

Procuraremos pintar lo mejor posible este poético y piadoso tipo de mujer, analizando, aunque sea de paso aquel precioso diario que dirigía á su hermano durante su vida, y que continuó después de muerto él, á *Mauricio en el cielo*. ¡Qué fe tan firme, qué cariño tan verdadero, qué carácter tan espíritual no se necesita para que continúe con la misma confianza invocando á su hermano y comunicándose con él cuando yace en la tumba!

Amante de la instrucción y de la lectura, y al mismo tiempo mujer de su casa, de orden y económica, solía permanecer largas horas en la cocina, confeccionando alguna torta ó preparando algún plato para su padre ó para algún huésped que llegara inesperadamente al castillo de Cayla, en donde la comida diaria era muy frugal, con motivo de las pocas comodidades de que gozaba la familia. Sin embargo, para distraerse mientras hervía la olla en el fogón ó se asaba la torta en el horno, Eugenia leía á Platón ó se solazaba con algún libro de historia, á la que era muy aficionada. Frecuentemente se ocupaba en trabajos de costura y tejidos, pues detestaba la ociosidad y ni un momento se la veía desocupada.

« Con tal que trabajemos, dice en su diario, sea con la cabeza ó con las manos, Dios lo acepta todo con gusto si se hace en su nombre. »

Los días de *amasijo* se levantaba antes de aclarar y pasaba toda la mañana hasta la tarde, ocupada en presidir la confección del pan y los bizcochos que deberían durar toda la semana. Por la noche, reunida

la familia en torno del hogar, ella los distraía leyéndoles las novelas de Walter Scott, de moda entonces, y fragmentos de las obras de Chenier, Lamartine, Millevoye y de algunos autores clásicos. Sin embargo, rara vez se entregaba al sueño antes de haber escrito algunas líneas en su diario, en donde consignaba el recuerdo de lo que había hecho durante el día, pero en un estilo tan poético y original que no fastidia ni disgusta, ni parecen en ella vulgaridad los oficios más caseros y prosaicos. Además refería también los pensamientos que le habían ocurrido durante sus lecturas y las reflexiones sugeridas por algún paisaje durante sus paseos en los alrededores.

He aquí algunos fragmentos :

« Acabo de cerrar la obra de san Agustín en que se encuentra este pensamiento : *Arrojaos en el seno de Dios como sobre un lecho de reposo*. ¡Qué hermosa idea, y qué tranquilidad y descanso encontraríamos en el mundo si supiéramos acogernos al regazo de Dios como lo hacen los santos! Ellos se le acercan como el niño á su madre y sobre su regazo duermen ó rezan, viven y lloran. ¡Dios es la morada de los santos : pero nosotros, entes terrestres, sólo conocemos la pobre tierra, triste, negra y árida como un destierro maldito! »...

« Nunca leo un libro piadoso sin encontrar en él cosas admirables y como dirigidas á mí. Por ejemplo : « Aquellos que esperan en el Señor verán sus » fuerzas renovarse de día en día. Cuando piensan » que ya no pueden soportar más sus penas verán de » improviso que les brotan alas como las del águila » y volarán y no se cansarán, correrán y serán infa- » tigables. Marchad sin temor, alma piadosa, mar-

» chad, y cuando ya os sintáis desfallecer, redoblad » el ardor y el valor, porque el Señor os sostendrá. » ¡Cuán frecuentemente no necesitaremos de este » apoyo! Decid, alma débil, vacilante, ¿qué haríais » sin el socorro divino?» Estas palabras son de Bossuet... No he vuelto á abrir otro libro desde que leí aquello.

» Si yo pudiera pasaría mi vida en una contemplación interior. Me gusta ahondar mis pensamientos, inclinarme sobre cada uno de ellos y respirar, por decirlo así, su perfume antes de que se evaporen. Tengo esta inclinación desde la niñez. Cuando estaba pequeña hacía soliloquios que me encantaban. ¡Oh! ¡si me acordara de ellos! Pero buscad los pensamientos de la infancia.

» *¡Id á buscar las aguas de la fuente ya agotada!*

» ... Los días de la existencia se parecen unos á otros exteriormente; pero la vida del alma es más variada y cambia sin cesar. Si pudiéramos describirla encontraríamos el infinito en una sola hora.

» ... Hay días de desaliento, cuando el alma se retira de todos sus afectos y se repliega sobre sí misma, como si estuviera cansada. Esta fatiga sin causa ¿no será acaso debilidad? Pero es preciso vencerla como tantas otras cosas que asedian á esta pobre alma. Si no nos venciéramos en todas estas miserias, ellas acabarían por devorar el alma como un harapo comido por las polillas. Yo paso repentinamente de la tristeza al gozo, — cuando digo gozo no quiero decir sino uno de aquellos contentos del alma tan suaves, tan tranquilos que no se manifiestan sino por medio de una expresión de serenidad. Una carta de alguno

de mis parientes, un amable pensamiento de Dios ó una palabra de los que amo, basta para causarme un sentimiento ya de alegría, ya de pena! »

—

Á pesar del placer que Eugenia encontraba en escribir su diario, solía tener el escrúpulo de que perdía mucho tiempo de aquella manera, y entonces lo abandonaba por algunos días para volverlo á empezar: « Debemos, decía, dar cuenta á Dios hasta de los momentos de la vida; ¿no será mal hecho emplearlos en esto? »

¡Qué de palabras piadosas en aquel diario! ¡Cuántos ensueños poéticos, ilusiones, tristezas, engaños y desengaños! En aquellas páginas todas las mujeres encontramos á cada momento algo de lo que ha pasado por nuestra alma en alguna época de la vida.

Sin embargo, las ocupaciones de Eugenia eran bien prosaicas, aunque es verdad que en medio de todo siempre encontraba modo de elevar su alma á Dios, á lo bello y al sentimiento de una noble poesía.

« Un día gastado en el lavadero, dice más lejos, no será por cierto digno de descripción. ¡Pero ¡cómo no hemos de confesar que el espectáculo es bonito! aquella ropa blanca extendida sobre el verde prado ó flotando al aire en las cuerdas impelidas por el viento, le hacen á una acordarse de la Nausicaa de Homero ó de aquellas princesas de la Biblia que lavaban las túnicas de sus hermanos. Tenemos un lavadero muy hermoso en el arroyo, grande, con bastante agua, en un recodo del riachuelo, bajo la sombra de los árboles en donde cantan las aves...

» ... Hoy entró papá á la cocina en el momento en que yo bajaba el caldero del fuego, y me dijo que no le gustaba que hiciera yo aquellos oficios; pero le referí que san Buenaventura estaba lavando la loza de su convento cuando le llevaron el capelo de cardenal. En este mundo, le dije, no degrada ningún oficio, ni humilla á los ojos de Dios otra cosa que no sea el pecado. Así, mi caldero me hizo hacer esta linda reflexión que me impedirá en lo futuro tener asco á ciertos oficios que mánchan las manos y las ennegrecen. »

« ... He pasado el día cosiendo y aplanchando; he leído poco, salvo algunas páginas de san Francisco de Sales... »

Á pesar de estas ocupaciones caseras, Eugenia leía mucho y con provecho, y tenía tino, perspicacia particular para juzgar á los autores; por ejemplo, he aquí lo que dice de Víctor Hugo:

« ¡Qué hombre tan singular es Víctor Hugo! Acabo de leer algo de él; es divino, infernal, sabio, loco; es pueblo, es rey, es hombre, mujer, pintor, poeta y escultor: es todo. Me sorprende, me repugna y me encanta... sin embargo no he leído de él sino su *Cromwell, María Tudor* y algunos fragmentos de *Nuestra Señora de París.* »

¿Quién que haya leído á Víctor Hugo no encontrará que en aquellas pocas frases está descrito el más grande poeta de este siglo? Aquel sublime y repulsivo prosador, aquel poeta audaz, profundo, tierno y aterrador: ¡la encarnación del siglo XIX! Sin embargo, quien lo juzgaba era una pobre niña, modesta y retirada en un campo toda su vida, sin conocimiento absolutamente del mundo.

Entre tanto, su hermano pasaba por todos los grados universitarios con lucimiento y tomaba parte en el movimiento literario de París. Él también llevaba un diario, que fué publicado después de su muerte; es el de uno de aquellos espíritus atormentados por el mal del siglo: el tedio. Mauricio de Guerin al principio de su carrera se apartó del camino trillado del catolicismo y fué por algún tiempo discípulo de Lamennais; pero merced á mejores influencias, á poco abandonó á su maestro y se volvió á la de sus mayores, siendo colaborador de varios periódicos marcadamente católicos. Pero, en aquel *Diario de una alma,* ni una vez menciona á su hermana con la estimación y cariño que le debía: Mauricio se dejaba amar por su familia é idolatrar por su hermana con el egoísmo de los niños, y aceptaba todo aquel entusiasmo que Eugenia derramaba en su diario cuando hablaba de él: ésta es la diferencia entre el amor de hermana y de hermano. Se entiende que hay excepciones y viceversas en toda regla.

La salud de Mauricio era mala y estaba amenazado de morir de tisis. Sin embargo, se casó con una persona muy buena, aunque, según parece, insignificante, á quien Mauricio amó tranquilamente durante su vida matrimonial, que fué muy corta. Eugenia asistió á su matrimonio, yendo entonces por primera vez á París, cuya residencia no fué de su gusto, y se volvió á Cayla. Sabiendo á poco que la salud de su hermano empeoraba día por día, creyó salvarle llevándole á su castillo natal. Pero fué en vano: ni los aires del campo, ni el clima suave del sur de Francia no pudieron restaurar aquella naturaleza débil y agotada por una vida demasiado intelectual. Mauri-

cio murió á los pocos días de su llegada al castillo de Cayla.

Muerto su hermano, se dirá: debe concluír el diario, pero como hemos dicho antes, Eugenia continuó su tarea, dirigiéndose « á Mauricio en el cielo ».

He aquí el principio de esta segunda parte, tan tocante y original.

21 de julio de 1339.

« No, amigo mío, la muerte no nos separará ni te borrará de mi pensamiento: la muerte sólo separa el cuerpo: el alma, en lugar de estar en este encierro corporal, está en el cielo, y este cambio de mansión no quita nada á los afectos. Al contrario, estoy llena de esperanzas; en el cielo se ama más que aquí, porque allí todo se diviniza. ¡Oh! Mauricio, ¿estás lejos de mí? ¿me oyes? ¿En dónde te hallas ahora? ¿Cómo es ese Dios tan hermoso, tan bueno, tan poderoso, que te dará tanta dicha con su vista inefable por toda eternidad? Tú ves ahora lo que yo espero, tú posees lo que yo deseo, tú *sabes* lo que yo *creo*. ¡Misterios de la otra vida, cuán profundos sois, cuán terribles y también cuán dulces! ¡Sí, muy dulces cuando se considera que en el cielo es en donde se encuentra la eterna felicidad! ¡Pobre hermano mío! aquí abajo no encontraste la dicha, y en una vida tan corta no hallaste nunca reposo. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡sostenedme, restableced la fe en mi corazón! ¡Ay de mí! no siento suficientemente este apoyo... ¡Mauricio, te velamos largas horas, tus hermanas y tu mujer, muerto en tu cama, la cabeza sobre la almohada como si durmieseis! En seguida, te acompañamos al cementerio y te vimos bajar á la

tumba, tu último lecho; allí oramos y lloramos mucho... y heme aquí otra vez escribiéndote durante tu ausencia, como si estuvieras en París... ¿Será cierto que no te volveremos á ver en ninguna parte?... Yo no puedo olvidarte; algo de muy tierno me hace pensar que estás cerca, lo cual me consuela, me tranquiliza y me impide llorar... Á veces lloro á torrentes y después se seca el alma. ¿Por ventura no lo sentiré bastante?... ¡Oh! no, toda mi vida será de un prolongado luto; el corazón está viudo; no tengo intimidad con nadie. Amo mucho á María y al hermano que me queda, pero no siento aquella simpatía que nos ligaba... »

Más lejos leemos:

« Tengo necesidad de escribir, de pensar, de estar sola, no sola, sino con Dios y tú, Mauricio. ¡Me encuentro tan abandonada en medio de todos! ¡Oh! soledad llena de vida aún, ¿cuánto durarás?... »

—

« He comenzado á leer los *Santos deseos de la muerte,* y me gustan mucho... Mi alma vive en un ataúd, ¡oh! sí, estoy enterrada contigo, hermano mío; así como yo vivía con tu vida, he muerto con tu muerte. He muerto á toda dicha, á toda esperanza en la tierra. Todo lo tenia en ti como una madre en su hijo: era yo más bien madre que hermana. ¿Te acuerdas cómo me comparaba á Mónica llorando á su Agustín, cuando hablábamos de mis aprehensiones por la salud de tu alma, de esa querida alma sumida en el error? ¡Cuánto no oré, supliqué, pedí á Dios tu conversión! Un santo sacerdote me dijo una vez: « Vues- » tro hermano volverá al redil. » Sí, así fué, volvió,

pero al punto nos abandonó para ir al cielo... ¡espero que fué al cielo! Así lo creo: hubo en aquella muerte señales evidentes de gracia, de misericordia, de paz. Dios mío, ¡es cierto que tengo más motivos para bendecirte que para quejarme!... »

Hay momentos de angustia al invocar á su hermano en aquel diario que tienen eco en todos los corazones sensibles, pues con la elocuencia del verdadero dolor le suplica que se le aparezca, que vuelva del otro mundo, que le dé una señal que la pruebe que no la ha olvidado... ¿Quién al perder los seres queridos que alegraban su vida no ha tenido ese deseo con vehemencia? Sin embargo, la tumba es muda, el silencio contesta á nuestros angustiados gritos; ni un aviso, ni un recuerdo... ¡nada. ¡Esto es matador!

Otras veces pretende consolarse, consolando á los desgraciados en lejanas regiones, y proyecta viajes al interior de África ú á otros países salvajes, en donde procuraría dar objeto á su vida en adelante sin el menor interés. También piensa varias veces hacerse monja, pero la detiene su padre á quien debe acompañar; ya no tiene gusto en las ocupaciones caseras y deja el cuidado de la casa á su hermana menor.

« Mauricio, dice seis meses después de su muerte, ocupaba una gran parte de mi corazón; muerto él, Dios tiende á ocupar todo el espacio vacío, y pronto sólo ÉL será dueño de mis sentimientos y afectos. Como el arca sobre las aguas, todo lo que se ha salvado del diluvio es mi amor á Dios. »

—

« Los sentimientos únicos, escribe, crecen con la soledad hasta lo infinito, así como las raíces se propagan en un prado, ellos cubren el alma. Creo que debería salir de aquí por algún tiempo. Las ideas fijas que se nutren de todo y recuerdan todo son muy perniciosas; la vida es un deber que tenemos que aceptar. Desde el punto de vista religioso deberíamos desear nuestra conservación. El dejarnos morir sería una mala acción delante de Dios. Si no tuviera esa idea, sin el cielo que me anima veo que me dejaría caer, — lo cual sería mal hecho, pues como cristiana no debería imitar á los que no tienen ese divino apoyo. ¿Acaso Dios no está á nuestro lado que nos dice: yo estoy con los que sufren? ¡Fe consoladora! ¡Oh! ¡cuánto le debemos á la fe! Yo la considero como el único apoyo del hombre. Hay otras consideraciones que parecen sostenernos, pero no son sino apariencias, columnas de vapor... »

—

Á medida que pasaban los meses y los años, su dolor era más hondo y menos comunicativo; así su diario se hizo intermitente y al fin acabó por completo. Sólo encontramos fragmentos y notas escritas en hojas volantes que su familia recogió después. He aquí algunos de estos fragmentos, todos ellos tan llenos de aquel dolor vehemente que rara mujer experimenta si no es madre, pues todos los demás afectos se borran con el tiempo en el corazón humano, y sólo las madres pueden llevar el duelo con la misma violencia al cabo de años como en el primer momento de su pena.

« ..... ¡Mauricio, escribía, habitante del cielo! mis

relaciones contigo serán como con un ángel; hermano celestial, te considero como mi ángel guardián...

» ..... ¡Oh! tengo necesidad de que me oigan en la otra vida, que me contesten, porque en ésta nadie lo hace; desde que tu voz se extinguió, se acabó para mí toda comunicación con otra alma. ¡Silencio y soledad en todas partes! tal parece como si estuviera en una isla desierta; ¡ah! cuánto sufro con esto! Sufro mucho... ¡Me gustaba tanto, era tan dulce para mí escucharte, gozar de esa conversación elevada y profunda, de aquel lenguaje espiritual, tan delicado y encantador, el cual sólo tú podías usar! Desde niño me distraía el oírte hablar; con tus primeras palabras empezaron nuestras íntimas conversaciones. Paseando por el bosque vecino, discurríamos acerca de las aves y de sus nidos, de las flores y de las semillas. Todo nos parecía bonito, todo incomprensible, y nos hacíamos mutuamente preguntas que no sabíamos contestar. »

—

En medio de estos secretos pesares también tenía tiempo para ocuparse de la suerte y del carácter tan generalmente frívolo de la mujer, efecto de la mala educación que se la da en todas partes del mundo.

« En las mujeres, escribía, no hay nada fijo, durable ni vigoroso en los sentimientos; sus amistades entre sí no son sino lazos de delicada cinta. Yo he visto aquellas ternuras pasajeras de unas amigas con otras. ¿Acaso no podremos amarnos de otro modo? No conozco ejemplo alguno de Orestes y Píades femeninos. Me irrita el pensar que los hombres tienen en el corazón un sentimiento que nos falta. En cambio, nosotras tenemos un espíritu de sacrificio y abnegación que ellos no poseen.

» ... En general, nuestra educación es errónea, y me parece que contraría la misión que tenemos en el mundo. Nosotras, que nacimos para sufrir, no tenemos para consolarnos una fuerza moral adecuada á las circunstancias. Cultivan nuestros nervios y nuestra sensibilidad sin contrariar la vanidad, que es lo principal en la educación femenina; nos enseñan religión y moral *pro fórmula*, sin que estos estudios sean serios y útiles... ¡Oh, pobres mujeres, pobres mujeres! »

Lo último que escribió, según parece, aunque en realidad no tiene fecha, es una página volante escrita un 31 de diciembre:

« En otro tiempo, escribía, acostumbraba acompañar mentalmente á Mauricio el último día del año. Pero muerto él, mi pensamiento está solitario y no simpatiza con nadie. Yo guardo ya para mí misma los acontecimientos que se suceden en mi alma en su marcha hacia la eternidad... ¡Hoy es el último día del año! ¡Cuán solemnemente triste es este pensamiento! »

Eugenia de Guerin murió en mayo de 1848 y sobrevivió nueve años á su hermano. Antes de morir tuvo la satisfacción de ver publicadas las estimabilísimas, aunque escasas obras de su Mauricio, que era su anhelo. Ella no se contentó con amar y admirar á Mauricio, deseaba que el público supiera también apreciarle, y lo consiguió.

El escritor Barbey de Aurevilly coleccionó las cortas poesías de Eugenia (pues también era una regular versificadora), el diario y algunas cartas de ella,

y publicó (como lo había hecho con las de Mauricio, poco después de su muerte) un volumen de sus obras, el cual gozó de una grande popularidad, tanto en Francia como en todo país en donde se lee francés, es decir, en todo el mundo.

Jorge Sand y Sainte-Beuve, á pesar de los genios tan distintos que los distinguieron, eran ardientes admiradores de aquellos dos hermanos, « cuyos destinos, dice Sainte-Beuve, están tan íntimamente enlazados, que es menester ocuparse del uno cuando se tiene que hablar de la otra, pues ella se referirá á él siempre ».

Otras plumas, pues, han juzgado á Eugenia de Guerin en el punto de vista de la literatura y de su singular afecto fraternal, pero nosotras, al tratar de hablar de Eugenia, no hemos visto sino á la mujer de elevados y tiernos sentimientos, á la mujer virtuosa y abnegada que vivió siempre para los demás, la que en lugar de lamentarse de su pobreza, supo poetizar los oficios caseros y hacer amables y encantadores los sentimientos religiosos que la distinguían : grande arte es éste en la mujer y digno de todo elogio.

VI

De adrede dejaríamos para lo último el hablar de la mujer de más genio que ha tenido este siglo después de madama de Stael, la cual iguala á ésta en el talento y es superior á la primera en el conocimiento de la lengua y el estilo de sus numerosísimas obras : hablamos de Aurora Dupin Dudevant, conocida por su nombre de pluma : Jorge Sand.

Para formar esta mujer se necesitó que la naturaleza hiciese uso de muchos elementos heterogéneos : descendiente de una famosa actriz, de un rey polaco, de una gran dama de la aristocracia francesa, de un militar de Napoleón y de una hija del pueblo, fué criada á la Rousseau, educada en un convento é instruída en las cosas de la vida por su abuela, anciana que había lucido en la corte del rey más corrompido que hubo en Francia, la de Luis XV.

Dotada de imaginación y talentos asombrosos, indudablemente si hubiese permanecido en el convento sería una segunda santa Teresa; si se educara al lado de una familia virtuosa, aquella mujer hubiera hecho un gran bien á sus contemporáneos con su ejemplo y con su pluma. Desgraciadamante no tuvo quien dirigiera una alma criada para el bien, pues tenía grandes cualidades; sino que al contrario, salvo los pocos años que pasó en el convento, su vida fué de luchas, en las cuales recibió malísimos ejemplos de su madre y de su abuela, que se disputaban su afecto. Aquello falseó su mente y corrompió su corazón. Casada con un hombre que no la quería ni podía comprenderla, y careciendo de sentimientos religiosos y morales, se separó del señor Dudevant al cabo de pocos años de matrimonio y se lanzó á París en busca de independencia, sin recursos pecuniarios.

Al principio vivió con dignidad ganando trabajosamente su subsistencia y la de sus hijos con los productos de su pincel, pues pintaba agradablemente; pero después tomó la carrera de la literatura (firmando con el seudónimo de Jorge Sand), carrera en la cual en breve se hizo un nombre; se vió rodeada